

GUY DE LA BÉDOYÈRE

GLADIUS

Vivir, luchar y morir en el ejército romano

Traducción de
MARC FIGUERAS

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

PREFACIO

Gladius no es una historia del ejército romano, aunque sí se ocupa con cierta profundidad de diversos aspectos de historia militar romana; tampoco es un manual acerca de la organización, el equipo y las tácticas militares romanas.¹ En Gladius me propongo aprovechar los testimonios disponibles procedentes del mundo romano para recrear la noción de lo que era ser un soldado en el ejército que dio a Roma su vasto imperio. Durante sus varios siglos de existencia, el ejército romano libró guerras en lugares tan distantes como el norte de Britania, Siria, el norte de África o las tierras más allá del Danubio. Las tropas romanas se enfrentaron a enemigos tan diversos como los arqueros y la caballería partos en el Este o las tribus caledonias en su lucha de guerrillas por los bosques y marismas del norte de Britania; a veces fueron derrotadas, pero en general se impusieron a sus enemigos. Las tropas procedían de cualquier rincón del Imperio romano y estaban acuarteladas en fuertes aislados, desde el desierto de Arabia hasta el Rin, en grandes campamentos legionarios fortificados como los de Lambaesis o Xanten (Vetera), en los Castra Praetoria de Roma o haciendo guardia en solitarias torres de vigía a lo largo de fronteras remotas. Los soldados dedicaban el tiempo a afilar sus espadas, a ser amedrentados por los centuriones, a erigir campamentos, a construir acueductos y puentes, a fabricar armas y pertrechos, a vigilar a los civiles, a recaudar impuestos, a buscar un ascenso, a escribir cartas a sus familias, a hacer peticiones al emperador, a marchar en largas campañas, a realizar actos de gran valentía, a participar en atrocidades y a venerar a sus dioses. Algunos murieron durante el servicio a causa de enfermedades, acciones enemigas o accidentes; otros sobrevivieron para reengancharse como veteranos o para retirarse y hallar un lugar en la vida civil, algunos a edades bien avanzadas. El ejército romano era el organismo más poderoso, y en muchos aspectos tal vez también el único, de que disponía el Estado romano para ejercer su poder e influencia a lo largo y ancho del Imperio y

también más allá. En ninguna comunidad del mundo romano faltaron jamás soldados y veteranos.

La palabra *gladius* —*gladius hispaniensis*, si queremos su nombre completo— se refiere a la espada habitual de la infantería romana. Esta ‘espada hispana’ apareció en tiempos de la segunda guerra púnica y permaneció en uso durante siglos; lo cierto es que hay muy pocos ejemplos de armas que hayan durado tanto tiempo. Aunque la forma y la longitud concretas de la ahusada hoja de hierro cambiaron a medida que pasaba el tiempo, todos los ejemplos de gladios comparten una forma similar de la hoja y una empuñadura muy trabajada, de madera, hueso o, a veces, marfil, que culminaba en un pomo de madera. Algunos de los ejemplos más elaborados disponían de vainas decorativas de madera con un recubrimiento de metal repujado. Aunque no todos los soldados romanos usaban el gladio (las tropas de caballería empleaban una versión más larga llamada *spatha*), a partir de una carta hallada en Carlisle parece que, en la práctica, los soldados romanos usaban la voz *gladius* como término genérico para ‘espada reglamentaria’.² Sin duda, no hay ningún otro elemento de la parafernalia militar romana que simbolice de un modo tan claro y efectivo el ejército romano; en consecuencia, parecía bastante lógico titular este libro con su nombre.

Redactar este libro ha sido una experiencia absorbente e interesantísima. De hecho, el trabajo de investigación podía haberse alargado sin fin; la cantidad de historias sobre soldados, sus unidades, sus vidas, sus familias y sus preocupaciones, así como sobre sus éxitos y fracasos, parecía inacabable. Es evidente que comprimir un tema tan vasto en un espacio tan reducido ha implicado una gran tarea de selección, con la consiguiente frustración por dejar tanto material fuera. El resultado es, principalmente, un texto basado en anécdotas, sin que eso implique ningún menoscabo; es un texto formado a partir de los testimonios que nos ofrecen inscripciones, cartas y otros documentos, así como a partir de los escritos de historiadores y comentaristas romanos que elaboraron relatos de lo que habían presenciado o que emplearon otras fuentes hoy desaparecidas. En algunos casos, la inclusión de ciertos episodios y sucesos no presentaba dudas, como el desastre de Varo del año 9 d. C. o las cartas y registros militares hallados en Vindolanda, un fuerte de la frontera septentrional de Britania; en muchos otros casos, se tenía que tomar una decisión acerca de si incluirlos o no, una decisión a menudo harto difícil.

Este libro también está desequilibrado, inevitablemente. Esto es consecuencia del material del que disponemos. La gran época militar y conquistadora de Roma fueron los últimos tres siglos antes de nuestra era, durante la República tardía, un periodo muy apreciado por algunos de los grandes historiadores romanos, como Tito Livio, Polibio o Apiano, que nos ofrecen detallados relatos de esos años y, en particular, de los generales, campañas y batallas. Sin embargo, en esa época, el ejército romano no era una fuerza permanente y, además, sabemos bastante poco acerca de los soldados individuales. Bajo el Imperio, la situación da un vuelco; los conflictos no eran tan continuados y las guerras de conquista eran poco frecuentes. Las lagunas de las fuentes, además, implican que, aparte de Tácito, que solo cubre el primer siglo d. C. (y no todo), tenemos poco que se pueda comparar a lo que sabemos del periodo anterior. No deja de ser curioso que sea en este momento cuando los soldados ordinarios, los milites gregarii, salen de las sombras gracias a la enorme cantidad de lápidas y documentos de la época imperial hallados en tantos lugares de todo el Imperio, que nos proporcionan muchísima información sobre sus vidas.

Para la elaboración del libro se han consultado siempre los textos antiguos, en lugar de basarse en fuentes secundarias modernas. Esta tarea es mucho más fácil hoy en día, con tantos documentos publicados en línea, tanto si se trata de leer un papiro hallado en Egipto como una inscripción de un campamento legionario del Rin. Todos los que se usan aquí se referencian adecuadamente, de modo que el lector pueda consultarlos si así lo desea. Es un proceso muy instructivo; la redacción original de este tipo de textos a menudo es algo más ambigua de lo que una fuente secundaria podría dar a entender, pero también permite revelar información y matices adicionales no recogidos en las fuentes secundarias. Sin ir más lejos, las diversas maneras en que se hace referencia a una espada es un ejemplo notorio.

El ejército romano forma parte de la historia, pero leer una carta de un soldado destinado a Egipto o al norte de Britania, estudiar la vida de un centurión y su familia en la frontera del Rin a partir de su lápida o descubrir los éxitos y los fracasos de legionarios y auxiliares a lo largo de los siglos en incontables lugares desde Siria hasta Hispania equivale a devolver la vida a ese ejército. No hay ninguna institución militar de la Antigüedad que nos permita tal privilegio.

Es necesario subrayar que lo que ha hecho posible este libro es el trabajo incansable de una enorme cantidad de académicos durante los últimos dos siglos. El apartado de lecturas adicionales, a pesar de ser clara-

mente insuficiente, debe considerarse también un homenaje a los esfuerzos de todas estas personas.

Una nota sobre nomenclatura

*Es sorprendente que, a día de hoy, no haya un formato estándar para los nombres de las unidades militares romanas, incluso entre los especialistas en historia militar de Roma. El lector puede encontrar una legión concreta en libros diferentes nombrada como Legio III Augusta (su nombre en latín) o como Tercera Legión Augusta, Tercera Legión Augustea, Legión III Augusta o III Legión Augusta. Las unidades auxiliares añaden aún más complicaciones: la Cohors II Thracum puede aparecer también como Segunda Cohorte Tracia o Cohorte II Tracia, entre otras denominaciones; un ala de caballería auxiliar puede aparecer así, en latín, o en español como ala o regimiento de caballería. Teniendo en cuenta todo esto, se tomó la decisión, ya desde el principio de la elaboración del libro, de usar siempre que fuera posible la denominación latina para evitar ambigüedades. Como comentario adicional, vale la pena remarcar que el ejército romano no solía usar IV para indicar ‘cuatro’, IX para ‘nueve’ o XIV para ‘catorce’, sino que era más habitual IIII, VIIII y XIII, respectivamente (y ni tan solo esta convención era universal: la decimoctava legión, por ejemplo, aparece a veces como Legio XIIIX, es decir, ‘diez más diez menos dos’); este libro seguirá la práctica militar romana. Las fechas indicadas siempre son d. C. a no ser que se citen específicamente como a. C. Los topónimos de ciudades y asentamientos se presentan, en general, en su forma moderna, excepto si no hay un equivalente actual, como por ejemplo Vindolanda o Dura-Europos.**

En ocasiones, las fuentes primarias aportan detalles sobre distancias en millas romanas. En general, no me he preocupado de incluir pesadas comparaciones con kilómetros o millas modernas, pues tal precisión es irrelevante dado que la milla romana no estaba establecida con gran exac-

* Así, se hablará de Londres y Lyon, por ejemplo, y no de *Londinium* y *Lugdunum*. En cambio, siguiendo al autor, los nombres de provincias y zonas geográficas se dan, siempre que es posible, con la versión castellanizada del original latín, no con la denominación original en latín ni con los topónimos modernos, muchas veces de problemática correspondencia. Así, aparecen casi siempre como Britania, Hispania, Galia o Mesia Superior, por ejemplo, y no como *Britannia* o *Moesia Superior* ni como Inglaterra, España o Francia. (*N. del t.*)

titud ni coherencia (un reflejo de la sociedad romana en general). En teoría, una milla romana era, aproximadamente, igual a 1,47 km, o sea, casi kilómetro y medio. Mientras el lector tenga presente esta equivalencia al encontrarse con las referencias, tendrá una idea aproximada de las distancias implicadas.

Espero que aquellos que lean el libro de cabo a rabo me perdonen las ocasionales repeticiones de información y de fechas. Lo he hecho así para ayudar a aquellos otros lectores que prefieran leer el libro enfrascándose en capítulos sueltos.

GUY DE LA BÉDOYÈRE

*Welby, junto a la Ermine Street, una vía
construida por la Legio VIII Hispana
a mediados del siglo I d. C.
Lincolnshire, 2020*

ÍNDICE

<i>Mapas y planos</i>	11
<i>Prefacio</i>	15
1. INTRODUCCIÓN:	
EL EJÉRCITO DE LOS EMPERADORES	21
2. CORAJE Y HONOR:	
ALISTARSE EN EL EJÉRCITO DEL CÉSAR	49
3. <i>GLORIA EXERCITUS</i> :	
CONVERTIRSE EN SOLDADO	81
4. ORO Y PLATA:	
PAGAS, DONATIVOS Y LEGADOS	109
5. LA VIDA DEL SOLDADO:	
GUARDAR EL IMPERIO	123
6. VIVIR DE LA TIERRA:	
EL EJÉRCITO ROMANO Y EL ENTORNO	139
7. DERROTA E IGNOMINIA:	
LOS DÍAS MÁS OSCUROS DEL EJÉRCITO ROMANO	155
8. VINE, VI Y VENCÍ:	
LA VICTORIOSA MÁQUINA DE GUERRA ROMANA	183
9. POR EL FILO DE LA ESPADA:	
VIOLENCIA Y ATROCIDADES	217
10. QUINQUERREMES Y TRIRREMES:	
EL EJÉRCITO ROMANO EN EL MAR	239
11. MOTINES Y REBELIONES:	
REYES A DEMANDA	257



12. EN TIEMPOS DE PAZ: PARA UN ROTO Y PARA UN DESCOSIDO	277
13. OCIO Y PERMISOS: DE CACERÍA Y OTRAS DIVERSIONES	303
14. ESPOSAS Y AMANTES: VIDA FAMILIAR EN LA FRONTERA	321
15. VETERANOS: LOS INCONDICIONALES DEL EMPERADOR	351
16. HOMBRES DE JÚPITER: RELIGIÓN Y SUPERSTICIÓN	371
<i>Epílogo</i>	393
<i>Principales guerras de Roma</i>	405
<i>Emperadores desde Augusto hasta Valentiniano I y Valente</i>	407
<i>Casos de Dion y Tácito acerca del tamaño del ejército</i>	409
<i>Los nombres romanos</i>	415
<i>Glosario</i>	417
<i>Notas</i>	425
<i>Ilustraciones</i>	469
<i>Abreviaciones</i>	477
<i>Bibliografía</i>	479
<i>Agradecimientos</i>	491
<i>Índice onomástico</i>	493

